FRANCISCO CAPULETO

No hago arte abstracto, porque el arte abstracto, hágase con una materia tan noble como la piedra, o tan innoble como el papel, es y será arte puramente ornamental.

No hago pintura tontamente imitativa, porque me aburre.

No he pintado hasta ahora paisajes, por creer que un paisajista neto, llámese como se llame, no será nunca trascendental en la historia del arte, en donde no encuentro ningún nombre que pueda compararse a un Piero della Francesca, el cual pintaba el paisaje como una parte secundaria de su obra, o a un Picasso, quien, como Velázquez, ha pintado paisajes que pueden contarse con los dedos de una mano. Claro está: prefiero un paisaje de nuestro Palencia a la obra total de un Benedito o un Sotomayor.

No hago pintura «sugerente», «poética», «interesante» o «misteriosa», porque creo que la gran pintura llega a ser misteriosa, poética y todo lo demás a fuerza de ser concreta y clara como un mediodía del Sur. No hay que darle toda la importancia a la materia, pues no puede uno olvidar que es solamente el medio para representar un mundo. No puede tampoco uno darle toda la importancia al motivo y olvidarse de la materia; lo ideal es un milagroso equilibrio.

Creo que la pintura, como arte puramente plástico que es, debe estar más cerca de la arquitectura y de la escultura que de ningún otro arte.

Creo que tenemos que ir hacia una pintura de valores formales y humanos, y poder decir algún día, como Leonardo: «Yo hago lo que tú haces, pero tú no haces lo que yo hago». Esto es muy importante.

Si de todo esto, buen amigo, saca usted un concepto estético, estupendo; que este concepto le parece a usted dictatorial, estupendo también; pues creo siempre en las dictaduras con talento. Ahora bien, por favor, déjeme decir que hoy pinto así porque pienso así; mañana no sé cómo pintaré porque no sé cómo pensaré.